

# LEÍAMOS A JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

JOSÉ CARLOS ROVIRA  
Universidad de Alicante (España)  
rovi@ua.es

## RESUMEN

La evocación personal de un tiempo ya antiguo de lecturas de Arguedas sirve para plantear la actualidad del escritor en terrenos literarios y sociales y una vigencia que nos hace seguir con su lectura. El comentario sobre el indigenismo arguediano lleva a la confrontación con lo que Vargas Llosa diseña acerca de su «utopía arcaica» y, para ratificar su utopía transformadora, se recurre a ejemplos indigenistas contemporáneos y a una relectura del «Llamado a algunos doctores» que el escritor publicó en 1966, tres años antes de su suicidio, como réplica a la incompreensión que había provocado su novela *Todas las sangres*.

**Palabras clave:** indigenismo, utopía arcaica, Vargas Llosa, utopía transformadora.

## ABSTRACT

Through the personal evocation of former readings, this article observes the lingering effects of the works by Arguedas in both a literary and social sphere. The study of Arguedas' indigenous literature leads to a confrontation with the «archaic Utopia» designed by Vargas Llosa. Also, in order to confirm his transformative Utopia, the author appeals to some contemporary indigenous writers, as well as to a new interpretation of the «Llamada a algunos doctores», published in 1966, three years before Arguedas committed suicide, which was conceived by the writer as a reply to the general incomprehension of his novel *Todas las sangres*.

**Keywords:** indigenism, archaic Utopia, Vargas Llosa, transformadora Utopia.

Lo tengo contado hace tiempo: José María Arguedas apareció en mi vida de lector allá por 1970. Eran tiempos muy difíciles todavía por aquí. No me voy a referir a ellos más que en un aspecto que, desde mi tiempo universitario, me preocupaba muchísimo. Tiene que ver con la vida de un escolar, allá por los años 50, recitando en un colegio aquello de Rubén: «Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda», un Rubén adulterado también, preso del nacionalismo español, del peor nacionalismo español, convertido el poeta nicaragüense en una imagen que la enciclopedia Álvarez nos enseñaba a los escolares en la que estaba Darío con traje diplomático, con los entorchados de gala, con medallas, junto al poema citado, y los versos de la «Marcha triunfal»: «Ya viene el cortejo, ya viene el cor-

tejo/ ya se oyen los claros clarines». Él, el pobre Darío, el excepcional poeta de «Lo fatal».

No había clemencia intelectual para aquel chaval y sus compañeros de clase, ni para el país que seguía conmemorando la historia de un Imperio que algunos poderes del fascismo creían o querían duradero...días rotos con la injerencia de estampas que pueblan de una y otra forma una infancia que algunos querían imperial también...días a la intemperie sin que la razón cubriese ningún cielo próximo... retornos de un Imperio lejano en el que el 12 de octubre se celebraba por ejemplo «el día de la raza»...

La librería Lux de Alicante era el lugar secreto en el que Manolo Rey, el librero, acumulaba libros raros en una trastienda más o menos alcanzable. Allí apareció un día en

---

### José Carlos Rovira

(Alicante, 1949). Catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Alicante. Es autor de libros y ediciones sobre autores contemporáneos (Rubén Darío, Miguel Hernández, Pablo Neruda, José María Arguedas y Juan Gil-Albert) así como sobre poetas de la tradición cancioneril en la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo, literatura novohispana, relaciones del mundo cultural italiano con la tradición hispanoamericana, siendo sus últimos libros *José Toribio Medina y la fundación bibliográfica y literaria del mundo colonial hispanoamericano* (2002), *Ciudad y literatura en América Latina* (2005), así como las ediciones *La sombra vencida. Miguel Hernández 1910-2010*, catálogo de la exposición de la que fue comisario, dedicada al poeta en su centenario, y la edición de la *Obra poética* de Rubén Darío (2011).

---



una maleta la edición de Losada de *Los ríos profundos*. No creo que fuera la del 58, la primera, y no puedo saberlo pues se perdió en algún traslado o en un préstamo sin retorno. El tal José María Arguedas sonaba a casi desconocido en la España del 70. La novela sedujo a aquel joven por el enigma del título. No sabía nada de él ni del autor. La tarde se prolongó hasta la noche con el libro intenso. Sonaba a desconocido también aquel mundo. El niño Ernesto y el Cuzco eran su primera imaginación. En la memoria quedó el sonido de «la María Angola» como si se oyera de tan lejos, y la visión casi inimaginable del muro incaico que ya transmitía sentidos, sentidos inesperados para un anochecer en el que las peripecias del internado, o la rebelión de las chicheras, quedaban en remembranza dispersa y duradera, mientras recordaba el girar de los trompos de su propia infancia que ya a partir de ahí llamaría *zumbayllu*, o evocaba nombres lejanos como Abancay.

Cambio de escenario: Instituto Ispanico de la Universidad de Florencia allá por 1974. Un profesor todavía joven, Roberto Paoli, hablaba de *Yawar fiesta* en una clase. Día lluvioso sucesivo en el que, en un cine céntrico, en sesión matinal, íbamos a ver, con aquel profesor y con sus ayudantes, *Yawar Mallku (Sangre de cóndor)*, la película boliviana de Jorge Sanjinés que impresionaba por su realidad y su dolor; memoria indígena contemporánea en la que entendíamos la voluntad gubernamental de aquella Bolivia por aniquilar, con la ayuda del Cuerpo de Progreso de Los Estados Unidos, aquellas comunidades indígenas del altiplano que vivían una pobreza ancestral: ritos, exvotos telúricos y venganza indígena para reparar con violencia el dolor provocado por la esterilización secreta de las mujeres indígenas. Pensé aquella mañana que algún día en España las televisiones podrían dar aquella película por ejemplo el 12 de octubre, para conmemorar precisamente «el día de la raza».

Estos recuerdos que parcialmente he narrado ya alguna vez, forman parte de lo que llamaría memoria sentimental de una generación que tuvo que aprender fuera, en otros lugares o en libros difíciles de conseguir, todo lo que no nos habían enseñado. Recuerdo las clases de literatura hispanoamericana en la Universidad Complutense que terminaban con el primer volumen de la Historia de Raimundo Lazo que había casi que memorizar.

Termino el apartado de recuerdos con uno último y significativo, hace 25 años, exactamente el 1 de noviembre de 2011 los hizo, entré en esta facultad para enseñar literatura latinoamericana. Recuerdo la decisión de lecturas obligatorias que, entre tanto que elegir, tuvieron en *Los ríos profundos* una selección segura. Quería que las alumnas y alumnos de los sucesivos años pudiesen llegar, entre tantas obras espléndidas, entre vanguardias y *boom* narrativo, entre poesías y novelas que seguían apareciendo con fuerza entrados los 80, el sello formativo del indigenismo, del mejor indigenismo, en la figura y el significado de José María Arguedas, al que dediqué (perdonen por esta exposición casi curricular) el monográfico y la antología de textos que la revista y editorial *Anthropos* hicieron en 1992. Otras veces escribí sobre él, pero omito ya lo que dijera para no cansarles con esta exposición personal que es, en cualquier caso, un desahogo para explicar el pasado temporal del título: «Leíamos a José María Arguedas», sí, quiere decir leemos, porque leíamos entonces.

José María Arguedas está desde aquel tiempo entre las referencias imprescindibles para entender una parte de América, para entender el mundo andino, para comprender el Perú y el indigenismo contemporáneo, las crisis estéticas, algunos debates esenciales, los conflictos sociales, cuestiones que, o las aprendemos, o será difícil pasar página formativa a partir de los años sesenta, cuando se producía además la gran renovación estética que convirtió en imprescindibles a aquellas literaturas.

Mi reflexión docente sobre José María Arguedas empezaba siempre con aquel texto muy recordado que corresponde al momento en el que recibía en 1968 el premio Inca Garcilaso de la Vega y concluía su discurso así:

Contagiado para siempre de los cantos y los mitos, llevado por la fortuna hasta la Universidad de San Marcos, hablando por vida el quechua, bien incorporado al mundo de los cercadores, visitante feliz de grandes ciudades extranjeras, intenté convertir en lenguaje escrito lo que era como individuo: un vínculo vivo, fuerte, capaz de universalizarse, de la gran nación cercada y la parte generosa, humana, de los opresores. El vínculo podía universalizarse, extenderse; se mostraba un ejemplo concreto, actuante. El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir. Y el camino no

tenía por qué ser, ni era posible que fuera únicamente el que se exigía con imperio de vencedores expoliadores, o sea: que la nación vencida renunciara a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir que se aculture. Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua (1971, p. 297).

Le di muchas vueltas a este texto durante un período. Era por una parte el momento de plenitud, pronunciado al tiempo que estaba elaborando el discurso del suicida (de hecho el escritor se suicidó como sabemos algunos meses después, a fines de noviembre de 1969). Era además una síntesis desafiante del mestizaje como actitud cultural, mestizaje como conflicto en cualquier caso, no como unión ideal. Era también el testimonio del conflicto personal en un tiempo en el que José María Arguedas escribía su última obra *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, aun a sabiendas de que iba a entremezclar la historia narrativa con sus diarios personales en los que iba a contar el suicidio e, incluso, en carta al rector de su Universidad, dejar escritos los preparativos para su entierro. *El zorro de arriba y el zorro de abajo* sigue produciendo escalofríos, como siempre los produce cuando alguien textualiza su propio final, desolado también por el drama de la escritora:

Pero ahora no puedo empalmar el capítulo III de la nueva novela, porque me enardece pero no entiendo a fondo lo que está pasando en Chimbote y en el mundo. Voy a transcribir en seguida -lo haré al margen- las páginas que escribí en Chimbote, cuando igual que hoy, luego de varias noches de completo insomnio, atosigado ya de odios e ilusiones, de impotencia y vacío, decidí, otra vez, suicidarme [...] Entonces agonizaba porque no podía escribir el segundo capítulo; ahora se trata del tercero. El segundo capítulo lo escribí, arrebatado, sin conocer bien Chimbote ni conocer como es debido ninguna ciudad de ninguna parte. A través simplemente del temor y la alegría no se pueden conocer bien las cosas [...] Y creo que el intento de suicidio, primero, y luego las ansias por el suicidio fueron tanto por el agotamiento -estoy luchando en un país de halcones y sapos desde que tenía cinco años- como por el susto ante el miedo de tener que escribir sobre lo que se conoce sólo a través del temor y la alegría adultos, y no en el zumbido de la mosca que uno percibe apenas el oído se forma [...] ¡Tengo miedo, no puedo comen-

zar este maldito capítulo III, de veras! ¿Cuántas veces hemos hablado de él, doctora Hoffmann? (1971, p. 95).

La novela es también el desarrollo de la transformación imparable de aquella ciudad, Chimbote, en donde está el escenario narrativo principal de una obra fracasada e inconclusa.

Me sorprendió Mario Vargas Llosa, indudablemente el más ilustre de los escritores peruanos (siempre apostillo cuando me oigo decir esta frase que, tras el Inca Garcilaso, José Carlos Mariátegui y César Vallejo) explicando la «utopía arcaica» en la que incurrió Arguedas, también a través del crecimiento demográfico e industrial de Chimbote que, de una aldea de poco más de cuatro mil habitantes, pasó por un desarrollo industrial basado en los aceites de pescado, a doscientos cincuenta mil. Es un dato que aprendí en *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo* y que me sigue creando preocupación; sobre todo que Vargas indique, con datos similares, el fin de la utopía de Arguedas, que él considera arcaica.

Hay en Arguedas, como sabemos, un mundo cultural y antropológico vinculado, pero exento también de la ficción narrativa. Tuvo como obsesión recopilar la ingenuidad y la belleza de la oralidad indígena y siempre cuento como ejemplo narraciones y reflexiones como la que sigue:

Sin embargo, ambas culturas, la criolla y la india, se mantienen profundamente diferenciadas en su médula y evolucionan paralelamente. Sobre la base de los materiales de la doctrina y cosmogonía católicas, los pueblos nativos crean mitos cosmogónicos posincáicos. Así, para los indios de la hacienda Vicos hubo dos humanidades: una bárbara, de individuos descomunales fuertes que hicieron caminar las piedras arreándolas con azotes para construir grandes monumentos líticos; esta humanidad, que era antropófaga, fue creada por el dios *Adaneva*. Pero *Adaneva* violó a una mujer muy bella y, cuando la vio preñada, la arrojó de su casa. Esa mujer fue la Virgen María y el hijo que nació de ella, Téete Mañuco (Padre Manuel, el niño Manuelito, o sea, Jesús). Téete Mañuco destruyó la humanidad bárbara mediante una lluvia de fuego y creó la humanidad actual, físicamente más débil pero «con más pensamiento». Téete Mañuco es



Cuzco. Catedral en la Plaza Mayor

<sup>1</sup> He utilizado casi todas las referencias a partir de mi antología (Arguedas, 1992b) pero está claro que podrán ser encontradas por sus títulos sobre todo en las *Obras completas* (1983).



Cuzco. El muro incaico en la calle Hatunrumiyoc



Cuzco. Catedral

ya siempre joven (desventuradamente), porque cada año muere un día viernes y resucita el sábado. El cielo es exactamente como la tierra poblada por las criaturas hechas por Téete Mañuco; la diferencia consiste en que allá los indios se convierten en señores, y, los que en este mundo son señores todopoderosos, en el cielo hacen de indios, pero para toda la eternidad (1992b, p. 39).

La pureza y la ingenuidad andina fue un mundo a preservar obsesivamente por Arguedas y es una pena seguro que ese mundo esté en trance de desaparición y que haya sido arrumbado por una modernidad que, en el caso de Perú, es además una falsa modernidad.

Por eso, me parece más que dudosa la interpretación de Vargas Llosa en la que quiere aniquilar cualquier resquicio de salvación para el mundo que Arguedas quería poner en pie, que no era sólo la salvación de una realidad andina, sino la proyección de ese mismo mundo hacia el futuro, como parece que, entre titubeos, torpezas, errores y también seguridades, inteligencia y aciertos está intentando poner en pie Bolivia, en aventura histórica difícil que significa que la utopía arcaica quizá tenga sentido aún en un mundo en el que a ella se opone la realidad neoliberal que unifica economías y también conciencias.

Pero no son esas las cuestiones que me preocupan sobre Arguedas. Creo que queda vigente una gran parte de su mundo narrativo y, en él, la reflexión lúcida de alguien que se aventuró por los caminos de la creación intentando dotar de una nueva dimensión a la misma.

En 1992 tuve que antologarlo como he dicho (Arguedas, 1992b<sup>1</sup>). Toda antología es una limitación, pero hay que hacerla sobre todo para los que no tienen a mano los cinco volúmenes de las *Obras Completas* de Editorial Horizonte. Los textos creativos estaban claros: el primer capítulo de *Los ríos profundos*, que he recorrido alguna vez también fotográficamente porque el Cuzco sigue siendo el Cuzco y todo viajero se deberá disponer en un momento frente al muro incaico narrado para decirse:

Caminé frente al muro, piedra tras piedra. Me alejaba unos pasos, lo contemplaba y volvía a acercarme. Toqué las piedras con mis manos; seguí la línea ondulante, imprevisible, como la de los ríos, en que se juntan los bloques de roca. En la oscura calle, en el silencio, el muro parecía vivo, sobre la palma de mis manos llameaba la juntura de las piedras que había tocado... (1992b, p. 108).

Los relatos «Agua» y «El sueño del pongo», junto a dos capítulos de *Yawar Fiesta* –el III y el IV– completaban la breve antología narrativa. Otro apartado inicial, era el referente a los fragmentos en los que fue trazando su autobiografía, donde, aparte de los diarios de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, hay una serie de autorrepresentaciones como la «Intervención en Arequipa» en 1965, o la amplia entrevista con Sara Castro Klarén en 1966 y 67, o algunas cartas –desconocíamos entonces lógicamente la impresionante correspondencia con John Murra y la doctora Hoffmann que editaron Murra y Mercedes López-Baralt en 1996–, para abrir otro apartado en el que Arguedas pasa de la autobiografía a la reflexión cultural (su prólogo a *Canto Kechua*), o su entrada a la reflexión teórica con textos como «La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú», donde al análisis aún su proyecto literario; sus reflexiones sobre Mariátegui y César Vallejo, o su defensa y reflexión sobre el indigenismo en «Razón de ser del indigenismo en el Perú»; o su análisis global sobre «La narrativa en el Perú contemporáneo». La recuperación de canciones

quechuas que forman su infancia, sus contribuciones educativas y antropológicas, con especial preocupación hacia el mundo lingüístico andino y el bilingüismo en el Perú, o las conclusiones de su tesis doctoral, comparativa sobre las comunidades en España –Sayago como objeto– y las comunidades en el Perú (Arguedas, 1968); o su imprescindible contribución sobre mitos poshispánicos como el de Inkarrí; o sus grandes polémicas como la del indigenismo o la muy triste y desenfocada polémica con Julio Cortázar.

Ese era mi resumen, que se completaba con la poesía en quechua del propio Arguedas; poemas como «A nuestro padre creador Túpac Amaru», o a Guayasamín, o su experiencia aérea de la «Oda al Jet», o los poemas a Cuba y a Vietnam, o el emocionante «Katatai» (Temblar); o uno con el que voy a terminar y tiene que ver con una referencia que ya he realizado antes. Me enfadaron algunos textos de Mario Vargas Llosa, previos al sin duda depurado y atenuado *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. Ya escribí una vez sobre ello<sup>2</sup>, sobre una manipulación biográfica que hacía de Arguedas, en textos previos al libro, casi un pelele al final en manos, entre otros, de Sibila Arredondo, pero me enfadó más la sin duda inteligente manipulación de la utopía arguediana como utopía arcaica. El sueño de Arguedas destrozado por la imposibilidad de aceptar una modernidad que ideológicamente le interesaba, ya que esa modernidad es para el autor del libro solo posible en cuanto «occidentalización e hispanización» (Vargas Llosa, 1996, p.306). Con esos presupuestos no es difícil llevar la utopía arguediana, no sólo al terreno de lo imposible, a la edificación de un sueño, sino al terreno más ideológico de lo arcaico. Pero no voy a seguir con el comentario de ese libro, porque creo que la mejor respuesta es la anticipada, producto del comentario negativo de «varios doctores» sobre *Todas las sangres*, que en 1966 publicó José María Arguedas en el *Comercio* de Lima. Voy a recordar algunos fragmentos del texto «Llamado a algunos doctores» (1992b, p.125-127):

Dicen que no sabemos nada, que somos el atraso, que nos han de cambiar la cabeza por otra mejor.

Dicen que nuestro corazón tampoco conviene a los tiempos, que está lleno de temores, de lágrimas, como



Fotograma de *Sangre de cóndor* de José Sanjinés

el de la calandria, como el de un toro grande al que se degüella, que por eso es impertinente.

Dicen que algunos doctores afirman eso de nosotros, doctores que se reproducen en nuestra misma tierra, que aquí engordan o que se vuelven amarillos.

Que estén hablando, pues: que estén cotorreando, si eso les gusta.

[...]

¿Por qué se ha detenido un instante el sol, por qué ha desaparecido la sombra en todas partes, doctor?

Pon en marcha tu helicóptero y sube aquí, si puedes. Las plumas de los cóndores, de los pequeños pájaros se han convertido en arco iris y alumbran.

Las cien flores de la quinua que sembré en las cumbres hierven al sol en colores, en flor se ha convertido la negra ala del cóndor y de las aves pequeñas.

[...]

No sabemos bien qué ha de suceder. Que camine la muerte hacia nosotros; que vengan esos hombres a quienes no conocemos. Los esperaremos en guardia, somos hijos del padre de todos los ríos, del padre de todas las montañas ¿es que ya no vale nada el mundo, hermanito doctor?

No contestes que no vale. Más grande que mi fuerza en miles de años aprendida; que los músculos de mi cuello en miles de meses; en miles de años fortalecidos, es la vida, la eterna vida mía, el mundo que no

2

La reflexión se basaba en conferencias, artículos e intervenciones varias de Mario Vargas Llosa, y fue previa a la aparición del libro de este en 1996, ya que se presentó en un congreso en Murcia en 1995, aunque apareciera en las actas del mismo dos años más tarde (Rovira, 1997).

3

*Tinku*: a los valores de ceremonia ritual, danza en la que se representa un combate entre contrarios, este «juego de la dualidad que fertiliza la tierra» es clave de lectura de toda la obra de Arguedas, en la que se «encuentran conflictivamente sierra y costa, quechua y español, tradición oral y escritura, pasado y presente, el hombre andino y el hombre occidental (siendo sobre todo) un encuentro ritual donde la batalla entre fuerzas opuestas engendra la compleja totalidad. El *tinku* siempre supone una dimensión conflictiva, y en el caso de Arguedas la expresión literaria de la totalidad peruana no deja de ser conflictiva», como dice Mercedes López-Baralt (1998, p. 320 ss) ampliando la reflexión de Franklin Pease comunicada oralmente a la autora.

descansa, que crea sin fatiga; que pare y forma como el tiempo, sin fin y sin principio.

La utopía, la que sostienen los indios de Bolivia, que ya cité, o fuera del territorio andino, los de Chiapas, es una dolorosa utopía de futuro, es parte de un formidable *tinku*<sup>3</sup> americano –¿verdad, Mercedes López-Baralt?– en el que la voz de Arguedas resulta aún imprescindible.

### Bibliografía

- Arguedas, José María (1958), *Los ríos profundos*, Buenos Aires, Losada.
- Arguedas, José María (1968), *Las comunidades de España y el Perú*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos.
- Arguedas, José María (1971), *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Buenos Aires, Losada.
- Arguedas, José María (1974), *Yawar Fiesta*, Buenos Aires, Losada.
- Arguedas, José María (1983), *Obras completas*, prólogo y edición de Antonio Cornejo Polar, Lima, Editorial Horizonte, V Vol.
- Arguedas, José María (1986), *Los ríos profundos*, Madrid, Alianza editorial.
- Murra, John V, y López-Baralt, Mercedes (eds.) (1998), *Las cartas de Arguedas*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Rovira, José Carlos (coord.) (1992a), *Indigenismo y mestizaje cultural como crisis contemporánea hispanoamericana*, Barcelona, Anthropos, nº 31.
- Rovira, José Carlos (ed.) (1992b), *Una recuperación indigenista del mundo peruano. Una perspectiva de la creación latinoamericana*, Barcelona, Suplementos Anthropos.
- Rovira, José Carlos (1997), «Mario Vargas Llosa, lector de José María Arguedas», en Polo, Victorino (ed.), *Conversación de otoño: homenaje a Mario Vargas Llosa*, Murcia, Caja de Ahorros del Mediterráneo, p. 473-499.
- Vargas Llosa, Mario (1996), *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*, México, FCE.

Fecha de recepción: 04/02/2012

Fecha de aceptación: 22/10/2012